

# Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas  
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00  
 • Extranjero • . . . 1'50 •

## La conflagración se extiende

A medida que los sucesos se desarrollan: a medida que el conflicto europeo adquiere más extensión, se fortifica la convicción de los que desde el primer día combatimos la guerra considerándola ni más ni menos que un juego comercial, digno de los representantes que se ha dado la Banca y el Comercio mundial.

Es más: si alguna duda y vacilación pudiera haber surgido en nosotros, producida por el estupor del momento y ante la magnitud del crimen de lesa humanidad que se consumaba, hoy, después de quince meses de lucha bárbara y despiadada, toda vacilación ha desaparecido, y tranquilos consigo mismos, orgullosos de nuestra obra, sin ceder un ápice de nuestras convicciones, ni un palmo de terreno a nuestros adversarios, continuaremos nuestra labor de crítica, sutil y penetrante, por momentos, ruda y cruel muchas veces, contra esta ráfaga de locura y destrucción que de la humanidad se ha apoderado.

Hay quien nos dice: estáis en un error, todos los beligerantes no están en el mismo caso, hay quien ha desenvainado la espada por defender al débil contra la imposición absorbente y brutal del fuerte: a esto contestamos que nada más convincente que los hechos.

En apariencia, sí: en el fondo, mentira. Las potencias que llevan la voz cantante en el desconcierto económico y político de Europa, no desenvainan su espada para defender al débil, sino es con la idea preconcebida de hacerle su vasallo en el orden comercial e industrial; en estos litigios, el redentor no persigue más que un fin: someter al que pretende redimir.

Para demostrar la verdad de nuestro aserto, nos basta con recordar la última guerra balcánica. Inglaterra y Alemania luchaban por obtener la hegemonía comercial en las penínsulas balcánicas; la primera, sostenida por los gobiernos de los cuatro estados de los balcanes; la segunda, por Turquía.

Sería prolijo relatar los hechos de aquel conflicto. Resuelta la cuestión, firmada la paz, se proclamó a los cuatro vientos que los balcanes habían recobrado su independencia sacudiendo el yugo turco. Todo fué un engaño: los que se supusieron un momento libres, se habían equivocado; no gozaron de este privilegio nada más que el corto intervalo que medió entre dejar una tiranía y coger otra. Es verdad que el espectro turco había desaparecido, pero se alzó ante ellos el europeo, que hoy, sin miramientos, les empuja a la lucha en que sus intereses se debaten.

Los que se dice han abandonado la dulce tranquilidad de la paz por el desasosiego de la guerra, en de-

fensa de los pequeños, nos demuestran con hechos lo contrario de lo que afirman con palabras.

Si la Cuádruple Entente (que a la sazón no lo era) ayudó a Grecia, Bulgaria, Serbia y Montenegro, a redimirse de la autoridad turca, lo hicieron con el preconcebido plan de exigirles con creces más tarde, lo que entonces les otorgaban con cuenta-gotas. Véase en prueba de ello lo que la prensa nos dice:

El peligro esta vez es realmente serio, y antes de que produzca consecuencias desagradables para las potencias de la Cuádruple Alianza, ésta se ha decidido a proceder enérgicamente y sobre todo con la mayor rapidez posible para que los acontecimientos que se precipitan no redunden contra ellos desde el primer momento. Así, pues, por medio del ultimatum de Rusia a Bulgaria, seguido de la declaración de guerra al no ser expulsados del ejército búlgaro los oficiales austroalemanes, y por la nota conminatoria de las potencias aliadas presentada hace unos días al Gobierno de Sofía, Francia, Inglaterra, Italia y Rusia han demostrado su propósito firme de intervenir directamente en los Balcanes y de impedir por todos los medios posibles que Alemania o Austria se pongan en contacto con Turquía pasando por encima de Serbia. Para ello es indispensable llegar pronto a Salónica, el gran puerto griego del mar Egeo, situado a las puertas mismas de Bulgaria. El primero de los dos beligerantes que logre ocupar Salónica con fuerzas suficientes es seguro que tendrá la partida ganada.

La diplomacia, este monstruo de cien tentáculos que en el fondo de las cancillerías dispone con frialdad aterradora de la vida de los pueblos, considera sus intereses en peligro y ordena sin consultar a los pueblos balcánicos que se lancen a la matanza. Así, pues, aquí se dispone de la voluntad de los pequeños según las necesidades de los fuertes.

Salónica es hoy el objetivo de la lucha, si por necesidad los colosos de la contienda lo necesitan. Salónica será bombardeada, reducida a cenizas, y si el Gobierno griego reclama, se le impondrá silencio, y la defensa de los pequeños, por razones de intereses se convertirá en una burla más y en capa encubridora de los más bastardos intereses.

Después del indigno regateo de terreno que precedió a la declaración de guerra de Italia a Austria, y lo que actualmente sucede en los balcanes, suponemos no pretenderá sostenerse en buena lógica que esta es una guerra de liberación y en la cual se debaten los intereses de la sociedad futura. Nosotros sostenemos que esta es una guerra comercial, comercial y comercial.

Para los compañeros guerreristas, la victoria de los aliados disiparía la amenaza de las guerras de revancha, ofensivas y defensivas y haría realizar, por fin, la evolución humana sin interrupciones bruscas; es decir, que los imperios centrales condenarían a Europa a los armamentos imbéciles y los aliados impondrían la seguridad. Tal afirmación denota mucha candidez, pues es indudable que la situación es la misma para cualquiera de los vencidos, que siempre se considerarán humillados y disminuidos moral y materialmente. Pero nos replican que los gobiernos aliados han hecho promesas de prohibir las guerras de conquista y además los pueblos se opondrían a toda tentativa en este sentido amenazador. Grave escribe que los hombres de Estado inglés se han comprometido ya, afirmando que no se hace la guerra contra el pueblo alemán, sino contra su militarismo. Dar fe a tales palabras es verdaderamente sorprendente para los que han medido por el mismo rasero a todos los gobiernos sin distinción de nacionalidades, en la convicción de que todos son prevencadores y están en oposición constante a los anhelos populares. Teniendo por verdaderas las falacias de los dirigentes, no puede menos de afirmarse que esta guerra es el efecto de sus odios, que descartan toda mala intención contra los dirigidos. Mas la realidad nos enseña cada día que los elegidos quedan siempre indemnes mientras la masa combatiente sufre todas las calamidades de tan horripilante situación.

Veamos, por ejemplo, como Inglaterra va exclusivamente contra el militarismo alemán. Por lo pronto apresura cuanto puede la conquista de las posesiones alemanas en África. Ejerce ya su poder en la parte oriental y pronto lo extenderá al Occidente, en el Sud Oeste africano, en Fogo y Camarones, aunque tenga que hacer la parte a Francia. Esta es la prueba de que Inglaterra es la nación más interesada y está lejos de poseer los humanitarios sentimientos que se le atribuyen, pues su mayor deseo es vencer el comercio, la industria y la colonización alemanas.

Acción Libertaria nos dice que los aliados fueron a la guerra con repugnancia y con la sola idea de terminar de una vez por todas. Lo mismo ha podido suceder con los alemanes, austriacos y turcos y acaso también entre éstos se han producido detenciones de descontentos para anodinar más rápidamente el espíritu de rebeldía. Además, para emitir juicio seguro es más prudente esperar el esclarecimiento de los hechos. En todo caso, la actitud de los pueblos no es nada tranquilizadora ni revela garantía alguna para el porvenir. No habiendo tenido las masas energía para rebelarse, han pretendido justificar su resignación con explicaciones sofisticadas, lo mismo que harían mañana si la victoria fuese de los aliados y no pudieran sustraerse a las decisiones de sus mandatarios. Sin embargo, concedamos que los gobiernos cumplan su promesa y que ninguno quiera pasar a la historia uniendo su nombre a una conquista; pero tratemos también de buscar todas las probabilidades futuras teniendo solamente en cuenta los proyectos asociados en el presente. Así, sabemos que, vencedores los aliados, Francia volvería a apropiarse de Alsacia y Lorena, Italia tendría el Tiro y el litoral austriaco en el Adriático, Serbia se aumentaría con Bosnia y Herzegovina, Rusia se contentaría con libertar la Polonia austroalemana e Inglaterra quedaría satisfecha con las colonias, instalándose el Japón en Kiao Tcheou, de donde ha rechazado a los germanos. Suponiendo, pues, que los aliados se conformen con este reparto, ¿creen nuestros ingeniosos intervencionistas que los vencidos no guardarán el resentimiento de verse desmembrados, amputados de tal forma y que no emplearán sus esfuerzos en cicatrizar sus heridas y recobrar lo que consideran de su pertenencia? Y si a estas cuestiones materiales se añaden las que atañen a la moral, como son la humillación y el odio, se comprenderá fácilmente que la idea de revancha se implante po-

derosa en sus cerebros. Además, por experiencia sabemos que el apetito se desarrolla comiendo, y bien pudiera suceder que los vencedores quisieran absorber mayores tajadas, que las circunstancias les harían excelentes para calmar sus ambiciones. La situación no difiere, y cualquiera que sea el vencedor, el porvenir será angustioso para la humanidad, porque las divisiones creadas serán tanto más peligrosas cuanto más exista entre ellas el recuerdo del formidable cataclismo que presentamos, del que ninguna quiere la responsabilidad.

Hay todavía otra razón que nos impide concebir y alimentar las mismas esperanzas que los intervencionistas, y es, que no estamos muy seguros de la cordialidad que momentáneamente existe entre los aliados. Acordándonos del pasado, no podemos menos de dudar del porvenir y de temer que las mismas cuestiones de interés que están en juego hoy, pueden reproducirse mañana para un nuevo reparto entre los beligerantes. La historia nos enseña que Inglaterra se ha opuesto constantemente a toda hegemonía continental. Por esta sola razón lucha, como antes luchó contra Napoleón y más tarde contra Rusia 1854-56. Si es vencida la Alemania no es insensato suponer que Rusia querrá ocupar el lugar que le corresponde. Su extensión, el número de sus habitantes, su despertar al progreso industrial pueden contribuir a hacerla rival de Inglaterra. Además, no ignoramos que los intereses de ambas potencias chocan frecuentemente tanto en Europa como en Asia. Y esto prueba que no quedaremos ajenos, en ningún caso, de la amenaza de nuevas guerras.

Confesemos que el problema es arduo y no podemos resolverlo según el interés de los pueblos, sino de los gobiernos. Nos abstengamos de buscar la solución en el triunfo de unos u otros.

Reflexionando, no vemos más que una probabilidad que costará muy cara, que será penosa, pero que tendrá quizás por resultado la destrucción del militarismo, por poco que los elementos avanzados de todos los países se unan. Solamente esto puede suceder si la ruina es simultánea en ambos bandos por falta de hombres o municiones. Entonces los pueblos, hundidos sin distinción en el duelo y la miseria y sin tener nadie que hiciera brillar ante sus ojos el espejismo de las compensaciones, sin la menor ilusión de victoria, acaso reaccionasen y pidiesen estrecha cuenta a uno de los mayores responsables de toda guerra: el militarismo.

PEDRO LIGA

## 12 OCTUBRE 1492

Esta fecha, que es la en que Colón, por carambola, descubrió la América, ha sido conmemorada hoy en su aniversario por elementos burgueses y su prensa; elementos que gustan de exaltar la patriotería y sonar el parche loando las conquistas bélicas.

Grande fué la importancia y trascendencia del acontecimiento recordado; pero habría estado muy en su punto, que los que han vocinglerado con tal motivo hubiesen recordado junto al magno suceso, la injusticia de los que hicieron morir a Colón de sentimiento y de miseria y la ingratitude de los poderes, que le dejaron abandonado. Un insigne pintor, Francisco Ortego, en su cuadro *Muerte de Colón*, patentiza tan gran ingratitude. Aparece en tal lienzo la figura del gran marino, expirante sobre misero camastro. En la lóbrega estancia no hay preseas, tapices ni laureles y sobre la cabecera del lecho penden unos denigrantes grilletes; quizá los que llevaba Colón cuando el infame Bobadilla le envió preso a España.

Muchos fueron los efectos que produjo el descubrimiento de América, entre ellos los siguientes:

1.º Evidenciar el error de la Iglesia, que haciendo buenos los textos de las Sagradas Escrituras, mantenía que la Tierra es plana. Quedó roto, por lo tanto, el dogma de la infalibilidad de la Iglesia.

2.º Patentizar más y más la inexactitud de dichos textos sagrados, por los descubrimientos etnográficos y paleontológicos llevados a cabo en el Nuevo Continente, que acusan una existencia mucho más anterior de la que se asigna al mundo la religión cristiana. El estudio de los cuerpos fósiles hallados, denotan la existencia del hombre en el Nuevo Mundo en la época cuaternaria. Como la Iglesia explica la población de América por las incursiones en ella de las tribus errantes después del diluvio y de la confusión de Babel, la contradicción es notoria.

3.º Matar la floreciente civilización azteca, que si impugnable por lo sanguinaria, era, como la de los incas, digna de atención y estudio. En cambio, dimos a aquellos indígenas la civilización de la espada y de la cruz, la civilización que germina el odio entre la humanidad. Les metimos como florones de nuestra encumbrada mentalidad, la Inquisición, la esclavitud, y no debió irles muy bien con todo aquel sistema, por cuanto buscaron su emancipación.

4.º Aumentar los motivos de la decadencia española iniciada por la expulsión de los judíos y de los moriscos, únicos elementos que trabajaban. El elemento español, propiamente dicho, se componía de frailes y soldados que, fanatizados por el continuo guerrear, hallaron nuevas expansiones a su naturaleza afanosa de conquistas. En tanto, la industria, el comercio y la agricultura languidecían en España y soportaron por Europa, sin hacernos mella, las ricas brisas de la Reforma y el Renacimiento, que no supimos acoger. Se nos podrá objetar, hablándonos de las riquezas que obtuvo España, de los galeones que cargados de oro venían y que dieron nombre a la Torre del Oro; mas ello no es sino mirar las cosas de un modo superficial. España, con toda su riqueza ficticia era muy pobre económicamente y el malestar y el descontento cundían por la nación. Prueba de ello fué la sublevación de los Comuneros, ahogada en sangre. La sopa de los conventos, las tunas de pediguños escolares pintan la penuria del país.

Y cuanto más se quiera hacer resaltar nuestro pasado auge, más y más patentizada queda nuestra enorme decadencia, y de que no hayamos hecho propósito de enmienda, es prueba el que seguimos afeerrados a los mismos moldes.

No es por ahí, decimos ante los lirismos y cacareos oídos en el aniversario que nos ocupa. Esas corrientes de afecto tan manoseadas, se reducen a las ilusorias ensañaciones de unos cuantos románticos y al patente, si, recuerdo de los miles de españoles nativos, para los que siendo ingrata su patria, tuvieron que ir a buscar su pan en aquellas luengas tierras. Por lo que respecta a los naturales del país, maldito si se acuerda de nosotros ni de su estirpe hispana. Además, a la hora de loar el descubrimiento de América, los llamados a representar aquel país, no son los que constituyen una prolongación de Europa; deben ser los indios autóctonos, que aun pueblan algunas comarcas de la Patagonia, las pampas del Chaco y las inmensas llanuras del Far-West, y éstos, sobre todo estos últimos, no estarán muy dispuestos a ensalzar una civilización que los persigue y los caza para exterminarlos...

JOSÉ PAGÁN NAVARRO  
 Alicante, octubre 1915.

## ECOS DEL EXTERIOR

### Los Obreros y la Guerra

Ignoramos todavía cuanto tiempo durará el conflicto que ensangrienta a Europa. Creemos que depende en gran parte de los hacendistas el resultado final. De la cuestión de las riquezas públicas, no sabemos más que lo que nos revela el laconismo de las estadísticas. La banca cosmopolita debe saber seguramente la capacidad de resistencia financiera de cada Estado beligerante y el límite sobre el que sería peligroso remontarse, si los capitalistas se

## LOS ANARQUISTAS Y LA GUERRA

II

Es una verdadera manía la de los intervencionistas que como Grave no ven más que el gravísimo peligro del militarismo alemán, como si el triunfo de los aliados no fuera tan temible en la organización

del ejército, que no puede dejar de ser nefasta al progreso de la humanidad en cualquier grupo de los beligerantes. Es evidente que la consecuencia de la guerra será el aumento del poder militar en el vencedor y la disminución en el vencido por cierto tiempo. Si el triunfo queda reservado a las armas, ningún país querrá destruirlas.